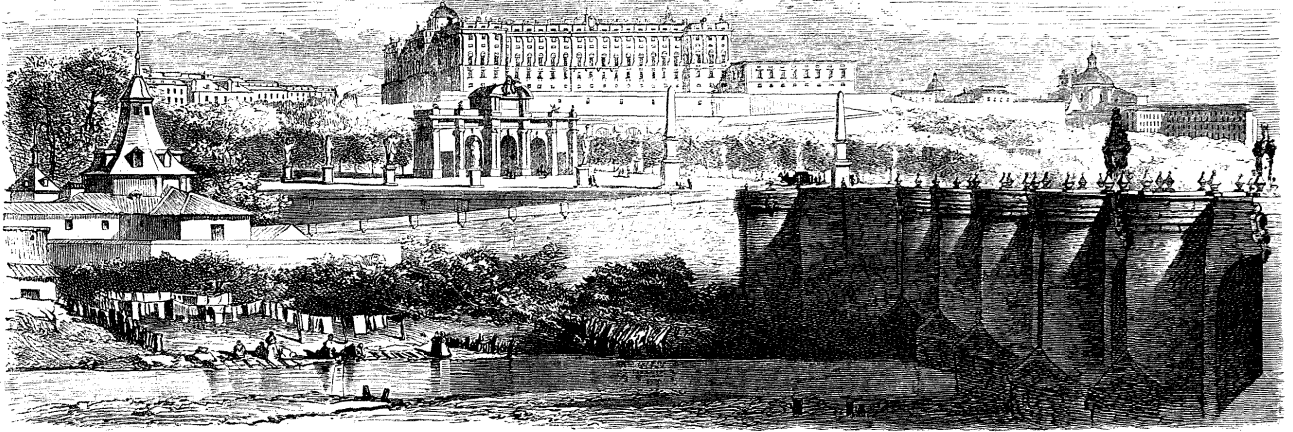


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 27 DE JULIO DE 1870.

NÚM. 14.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. J. Eché.—El Jurado en Portugal, por D. Gonzalo Calvo Asensio.—Ejército español. Ingenieros, por D. Eduardo de Marfátigui.—Tradiciones gallegas. La compañía, por D. J. de Dios de la Rada y Delgado.—Revista de los trabajos de las Academias y Sociedades científicas, económicas y literarias, por D. Florencio Janer.—Marruecos, por D. Antonio de San Martín.—Cántiga (poesía), por D. J. Tomeo y Benedicto.—Armonías íntimas (poesía), por D. Manuel del Palacio.—En el cuerpo de un amigo, novela diabólica (continuación), por D. José Fernández Bremon.—D. Segismundo Moret y Prendergast, actual ministro de Ultramar, por B.—Costumbres del siglo XVII. El corral de las comedias (continuación), por D. Julio Monreal.—Un grande hombre desconocido, por D. Salvador María Granés.—La ciudad de Gerona ofreciendo el laurel de la inmortalidad a los mártires de la independencia. Estátua del Sr. D. Juan Figueras, para el sepulcro de D. Mariano Alvarez de Castro.—Inauguración de los trabajos del canal de Cinco Villas en Aragón.—El brigadier Chinchilla.

GRABADOS.—El brigadier Chinchilla, dibujo de D. A. Perea.—Inauguración de los trabajos del canal de Cinco Villas en Aragón. Acto de colocar la primera piedra, dibujo del Sr. Pradilla.—Llegada de los invitados, dibujo del Sr. Becquer.—Don Segismundo Moret y Prendergast, actual ministro de Ultramar, de una fotografía del Sr. Laurent.—La ciudad de Gerona. Estátua del Sr. Figueras, para el sepulcro de D. Mariano Alvarez de Castro, de una fotografía del mismo.—El ejército español. Ingenieros, fotografía del mismo.—Estátua de D. José I en la Plaza del Comercio de Lisboa, de una fotografía portuguesa.—El aguador ambulante. Tipo marroquí, dibujo de D. Valeriano Becquer.—Un arrabal de la ciudad de Marruecos, dibujo del mismo.—Jeroglífico.

ECOS.

Es indispensable, sopena de no ser leído, empezar esta sección del periódico discutiendo acerca de la guerra. La curiosidad pública, desviándose de toda clase de asuntos, se ha fijado con voluptuosidad en el espectáculo heroico de dos grandes potencias que tratan de hacer de Europa un campo de batalla. No se crea que censuro la lucha, ni la avidez con que todo el mundo se ocupa de sus detalles: antes bien hallo tan natural

aquello como esto; sólo á fuerza de cavilaciones comprendió el hombre que los dedos podían manejar el estilo ó la pluma para escribir las ideas; seguro estoy de que la rama del primer árbol indicó al primer hombre la conveniencia de armarse de un garrote. O lo que es lo mismo: mucho antes de que el género humano concibiese la idea de que es un deber ilustrar á sus semejantes, el hombre se había abandonado con frecuencia al placer de moler á palos á su prójimo. Y antes que á los filósofos aplaudieron los pueblos á los conquistadores, lo

cual se explica considerando que el pensamiento más agudo no tiene la agudeza de una lanza.

Hechas estas reflexiones, quedan justificados la curiosidad pública y el duelo magnífico que se prepara entre el emperador Napoleón y el rey Guillermo. Toda idea civilizadora y pacífica es artificial y efecto de la educación; los instintos belicosos son naturales en el hombre. Hasta el inglés más sensato y prudente, á quien un excesivo amor á sus quijadas y una desconfianza aún mayor en sus puños le impiden dedicarse al pugilato, gasta sus chelines en ver cómo boxean dos atletas, y aplaude con entusiasmo cada golpe que hunde un pecho y cada mojicon que salta un ojo.

Dos pilluelos pelean en medio de una plaza; el impulso natural de los transeúntes es formar corro y disfrutar con alegría de aquel honesto espectáculo; si algún filántropo se interpone entre los beligerantes, seguramente gana la mala voluntad de todo el público. Pues bien: Francia y Prusia se han echado el sombrero hácia atrás y se enseñan los puños. La consecuencia es lógica. Europa ha formado corro frotándose las manos.



EL BRIGADIER CHINCHILLA.

Bien es verdad que, aparte del deseo de contemplar la lucha por ser lucha, hay un interés científico en presenciarla. Desde el garrote rudimentario hasta la bomba asfixiante, el hombre ha perfeccionado paso á paso los útiles de guerra. A la raza de acebuche fué preciso añadirle una punta de pedernal para agujerear al enemigo, á lo cual casi se redujo la industria del hombre prehistórico: las primitivas lanzas no penetraban bien en el cuerpo humano, y hubo de sustituirse la piedra con el hierro; era irritante ver á un rival presentarse muy erguido, y se inventó la maza para aplastarle la cabeza y el hacha para derribar sus brazos; no contento el hombre aún inventó la medicina; subióse sobre los lomos del caballo para atropellar al enemigo y huir mejor en caso necesario, y pareciendo buenos todos los medios de causar daño, el guerrero hizo alianza con el elefante, convirtiéndole en máquina de guerra: la ex-